

Comentarios Generales

DEUTERONOMIO 8, 2-3. 1416:

El Deuteronomista profundiza sobre los hechos de la peregrinación del Desierto. Y encuentra en ellos ricas enseñanzas teológicas:

- Las muchas pruebas y sufrimientos del Desierto fueron un recurso pedagógico de Dios: «Reconoce que así como un Padre corrige a su hijo así te ha corregido Yahvé tu Dios» (5). En el Libro de la Sabiduría se da esta misma interpretación: «Les probaste como padre que corrige; les probaste y corregiste con misericordia» (Sab 11, 9). Israel, sometido a una larga serie de pruebas, aprendió humildad y sumisión a los planes de Dios y a su santa Ley, confianza y abandono a su Providencia. Los cuarenta años de peregrinación le humillaron, le purificaron, le forjaron.

- Una muestra evidente de la amorosa Providencia de Dios fue el prodigio del «maná» (3). El maná era el alimento cotidiano, la mesa que el Padre disponía a sus hijos. Al comer aquel alimento milagroso entendían claro cómo cuidaba de ellos su Padre del cielo y cómo debían ellos serle fieles. Aprendían que muy superior al pan que alimenta la vida corporal es el pan de la Palabra de Dios (3). Jesús recordará a sus Apóstoles cómo es éste su alimento (Jn 4, 34).

- Este «maná», signo y figura preciosa del que a nosotros nos alimenta, el Pan Eucarístico, queda así ponderado y explicado por el Sabio: «Alimentaste a tu pueblo con pan de ángeles; y les proporcionaste del cielo, sin fatiga, pan apropiado que poseía todo sabor, y amoldado a todo paladar. Este alimento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura; y amoldándose al deseo del que se presentaba, se cambiaba según el gusto que cada uno quería. Para que aprendieran tus hijos a quienes amaste, Señor, que no son las diversas especies de frutos las que alimentan al hombre, sino que es tu Palabra quien guarda a los que confían en Ti» (Sab 16, 20, 26). Si tal pudo decirse del maná, ¿qué diremos del Pan que a nosotros nos alimenta? Nuestro Pan sí que de verdad es la «Palabra» de Dios: el Verbo de Dios hecho carne. De El nos alimentamos los que ahora en la Nueva Alianza formamos el Pueblo de Dios peregrinante.

1 CORINTIOS 10, 16-17:

San Pablo expone a los corintios los valores de la Eucaristía: Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Banquete, Sacramento-Presencia de Cristo.

- «El cáliz que consagramos y el pan que partimos» son nuestro Banquete Sagrado. El banquete sagrado completaba siempre el sacrificio de una víctima. La Eucaristía es el Sacrificio de Cristo que místicamente se inmola por nosotros y se nos entrega en comida. Bebemos el cáliz y comemos el pan de la Eucaristía; y con esto entramos en comunión con Cristo (16). Y formamos con El un único Cuerpo. Comulgar sin caridad es sacrilegio contra

Cristo y contra su Cuerpo Místico.

- La Eucaristía es una actualización siempre nueva del único drama Redentor; es una realidad permanente fuera del tiempo, en la que nos es permitido participar efectivamente, aunque en forma sacramental. Porque participar en el misterio pascual es ponernos en comunión real con Cristo: morir con El, resucitar con El. Hay quien habla de la «contemporaneidad» de Cristo: «Los misterios de la Redención hagámoslos presentes» (Paulo VI: 9-IV-69). Qui verus aeternusque Sacerdos, formam sacrificii perennis instituens, hostiam tibi se obtulit salutarem, et nos, in sui memoriam, praecepit offerre (Praef.).

- El Novus Ordo Missae nos torna a recordar este valor de Sacrificio-Banquete-Presencia real que tiene la Eucaristía: «En la celebración de la Misa, en la que se perpetúa el Sacrificio de la Cruz, Cristo está realmente presente: en la misma asamblea reunida en su nombre; en la persona del ministro; en su palabra; y de modo sustancial y continuo bajo las especies eucarísticas» (n 7). Y otra vez: «En la Última Cena, Cristo instituyó el Sacrificio y Banquete pascual, por el que el Sacrificio de la Cruz se hace continuamente presente en la Iglesia, cuando el sacerdote, actuando in Persona Christi, hace lo mismo que el mismo Señor hizo y mandó a sus discípulos que hicieran en memoria suya» (48).

- A la vez subraya Pablo cómo este Sacramento, al unirnos con Cristo, nos une a todos en comunión (17). «La Eucaristía es el Sacramento de la plena unidad de la Iglesia: Caritatis quasi figurativum et effectivum» (Tom III, 83, 49; 97, 3, 6). Significa la caridad y la realiza: «La gracia específica de este Sacramento es precisamente la unidad del Cuerpo Místico. La Eucaristía es figura y causa de esta unidad» (Paulo VI: 25-V-67): Quo venerabili mysterio, tuos fideles alendo sanctificas, ut humanum genus, quod continet unus orbis, una fides illuminet, caritas una conjungat (Praef.).

JUAN 6, 51-59:

El Discurso de Jesús en que se proclama «Pan de Vida» tiene su mejor clima en la Fiesta de Corpus:

- El «maná» del Desierto era sólo signo y figura. Prefiguraba el de verdad «Pan del cielo» que Jesús, Nuevo Moisés, daría al Pueblo de la Nueva Alianza como viático de peregrinación: Cujus carnem pro nobis immolatam dum sumimus, roboramur (Praef.).

- Jesús no sólo nos da este «Pan». El mismo es el Pan que todos debemos comer. Es nuestro Pan vivificante: como Palabra de Dios (35), como Víctima y Redentor (52), y como «Sacramento» en que nos va a dejar su carne y su sangre para alimento y vida de todos los redimidos (53-59): Et jusum pro nobis sanguinem, cum potamus, abluimur (Praef.).

- Jesús intenta elevar a su zona-la espiritual-a sus oyentes. Estos, siempre a ras de tierra al principio, piensan sólo en pan material (34) y luego en un canibalismo repugnante (53. 61). La solución será la carne de Cristo

glorificada (27. 63). Nos dará Jesús su carne hecha «Espíritu vivificante» (1 Cor 15, 45). La manducación es, sí, real, pero espiritual. Le comemos y le asimilamos con la fe y con el Sacramento (34. 35). El Verbo divino ya glorificado en su naturaleza humana (carne) es el vehículo por el que nos llega la vida divina (58). Es de verdad nuestro Rey.